

INFORMES

PRIORIDADES EN LA INVESTIGACIÓN SOCIOECONÓMICA EN AMÉRICA LATINA *

VÍCTOR L. URQUIDI
El Colegio de México

LA INVESTIGACIÓN económica y social en América Latina se ha desarrollado con lentitud, pues hace apenas unos quince años que se han introducido métodos modernos y se ha contado con personal latinoamericano debidamente formado. Aun así, la aportación de los investigadores al conocimiento de la realidad socioeconómica latinoamericana ha sido importante, y ha servido para orientar los programas de desarrollo a mediano y a largo plazo y para la toma de decisiones en problemas de corto plazo. Las tareas de investigación han sido promovidas tanto a nivel nacional en la mayoría de los países, como a nivel subregional y regional, siendo ejemplo notable de estas últimas los trabajos de la Comisión Económica de las Naciones Unidas. Como lo atestigua también la labor del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, se ha roto el aislamiento que existía entre centros e institutos de investigación en América Latina y se ha generado una serie de mecanismos útiles de cooperación y coordinación. Se ha iniciado un proceso de integración de la investigación latinoamericana que permite descubrir similitudes y contrastes y seleccionar temas en que debe intensificarse el esfuerzo.

Se cuenta con un caudal creciente de estudios y publicaciones —muchas de ellas de origen extranjero, pues ahí los recursos para la investigación latinoamericana son tal vez mayores que aquellos de que se dispone en la propia América Latina. Pero sería difícil afirmar, no obstante ello, que se posea hoy en día un conocimiento adecuado del funcionamiento de la sociedad latinoamericana, o de sus sociedades nacionales componentes, por más que las principales características se conozcan gracias a los censos y a encuestas y estudios diversos. Debe reconocerse que una proporción elevada de la investigación socioeconómica ha sido de carácter meramente descriptivo, desde luego útil, pero insuficiente, para orientar la política económica y social. Esta situación es remediable sólo si se avanza firmemente en tres frentes: primero, el de la información de base; segundo, el de la formación de investigadores; y tercero, el metodológico.

Los tres campos exigen selección de prioridades, puesto que puede suponerse que no se dispondrá por algún tiempo de los recursos necesarios para alcanzar todas las posibles metas. Dichas prioridades deberán ser a su vez función de otras más generales, referentes a la temática que se desea investigar, sea desde un punto de vista descriptivo o de funcionamiento. Los tres

* Trabajo presentado al 2º Congreso Interamericano de Sistemas e Informática, México, D. F., noviembre de 1974.

campos se relacionan entre sí, puesto que, por ejemplo, la selección de metodologías influirá en la obtención de información adecuada, y la formación de investigadores permitirá avanzar en el campo metodológico, todo lo cual hará más eficaz el estudio de los problemas prioritarios.

EL PROBLEMA INFORMATIVO

Desde hace varios decenios se vienen llevando a cabo en América Latina censos de población y económicos, de los cuales puede derivarse una cantidad importante de información sobre las estructuras sociales y económicas. Aunque se ha avanzado apreciablemente, con el apoyo muchas veces de los organismos internacionales, debe reconocerse que el conocimiento de la realidad que dan los censos es con gran frecuencia insuficiente, inadecuado y casi siempre tardío (sin contar los casos en que se carece aún de censos). Los censos son instrumentos costosos para recabar datos, y existe una fuerte tradición entre quienes los planifican y ejecutan en el sentido de que son una especie de monumento intocable al que hay que reverenciar sin saber por qué está allí. Con el debido respeto a los organismos coordinadores de los censos, hay que cuestionar sus bases, su metodología, su alcance, su periodicidad, sus formas de elaboración y otros muchos aspectos, y con más razón si se considera el costo de llevarlos a cabo, y el de publicarlos.

Es éste un caso claro en que se requiere una seria evaluación de la calidad y el aprovechamiento de la información de base, y de las metodologías seguidas, en consulta con los analistas sociales y económicos, para resolver en función de prioridades el camino que deba seguirse. Ciertamente es que hay mucha información censal que no se aprovecha, sea por no haberse tabulado, por dificultades conceptuales o por el costo de procesar montañas de información. Hace falta además una integración de los censos con sistemas de encuestas y de recolección de información periódica, que permita conocer a más corto plazo las condiciones cambiantes, tanto en lo demográfico y social como en lo económico. En todo ello deberían concurrir los usuarios de la información con los productores de la misma.

Para no tomar sino un solo ejemplo de un problema que los censos, hasta ahora, casi no ayudan a estudiar con precisión: el de la migración interna, tanto de áreas rurales a urbanas, como entre áreas rurales y entre zonas urbanas. El fenómeno de la migración ha sido identificado plenamente como uno de los más destacados, en el aspecto social y el económico, en el desarrollo y los procesos de cambio de América Latina. Sin embargo, se sabe relativamente poco acerca de él, de su volumen y características, su intensidad, sus causas y efectos. Mediante mejor información censal, seguida de encuestas periódicas y frecuentes, se podría tener un conocimiento más adecuado de este fenómeno que condiciona fuertemente la planeación en muy diversos campos y que imprime características especiales al desarrollo de las sociedades latinoamericanas. Mientras no se cuente con mejor información sobre la migración interna, mucho de lo que tengan que decir los sociólogos y los economistas será bordar en el vacío o se basará en datos parciales derivados de encuestas que no por útiles dejan de representar sólo porciones de un fenómeno por demás complejo.

Podrían extenderse los ejemplos, pero baste decir que parece muy recomendable en este aspecto de la información un esfuerzo conjunto de inves-

tigadores, expertos en informática y análisis estadístico, funcionarios de planificación y funcionarios encargados de los servicios estadísticos, para transformar la información de base y hacerla verdaderamente útil.

LA FORMACIÓN DE INVESTIGADORES

El tiempo que se ha perdido en América Latina en formar buenos investigadores de la realidad social y económica, tiene un costo evidente en el desconocimiento que se tiene aún de los fenómenos de dicha realidad. No sería el caso en esta ocasión de entrar en la consideración de las características y la calidad de la enseñanza universitaria general. Aun siendo ésta deficiente como ha sido, el rescate del buen material humano mediante cursos de posgrado y de perfeccionamiento pudo haber sido en los últimos quince años mucho mayor de lo que fue. Cabe hacer notar que se han hecho bastantes esfuerzos, todos ellos apreciables, por formar economistas y sociólogos a nivel de investigadores; pero han sido insuficientes, y lo demuestra por una parte lo poco que sabemos sobre los procesos sociales y económicos de América Latina y, por otra, la penuria de investigadores. Apenas si en los últimos años han surgido centros de estudios de posgrado en sociología, economía y otras ramas de las ciencias sociales en América Latina, centrados en las condiciones latinoamericanas y con atención a enfoques metodológicos más valiosos que los que pudieran importarse del extranjero. La formación de posgrado en las universidades e institutos de otras regiones del mundo, útil en principio, ha acarreado, como lo han reconocido muchos especialistas, frecuentes deformaciones conceptuales y metodológicas que se reflejan entre otras cosas en la selección de temas de investigación de interés relativamente secundario para América Latina.

Es éste un caso en que es preciso el esfuerzo conjunto e integrado, por costoso que sea, entre los países latinoamericanos, para organizar una red de centros de formación de investigadores a nivel de doctorado, con pleno rigor científico y no como simple medio de emitir nuevos y deslumbrantes diplomas académicos. Se ha hecho un intento, desde hace varios años —hasta ahora sin éxito— por intermedio del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Mientras tanto, se cuentan con los dedos de ambas manos los centros de formación posgraduada de calidad adecuada, y apenas en unas cuantas decenas el número de investigadores latinoamericanos de nueva formación anual. A éste debe agregarse que en muchos países el ambiente político no favorece la libre formación de investigadores de alto nivel ni su aprovechamiento. La investigación de calidad científica en el área de las ciencias sociales en América Latina, con su correspondiente etapa de formación, necesita de un fuerte impulso si se han de acometer con seriedad los problemas futuros de América Latina.

ASPECTOS METODOLÓGICOS

Se ha especulado mucho sobre si en materia social y económica existen teorías de validez universal, o si las condiciones de subdesarrollo de América Latina ameritan adoptar enfoques teóricos radicalmente diferentes. Empecemos por admitir que, a diferencia de las ciencias exactas, las ciencias sociales se caracterizan por la búsqueda, no exenta de ingenuidad, de formulacio-

nes teóricas por demás sencillas. Existe una polarización hacia el automatismo y la tendencia al equilibrio, por un lado, y hacia la rigidez estructural y la necesidad de romperla, por otro. La economía, y hasta cierto punto la sociología, tal como la practican la mayoría de los economistas y los sociólogos en América Latina, han estado dominadas por la concepción neoclásica del equilibrio y por el funcionalismo. De tal suerte, ante realidades que no encajan en preconceptos teóricos, el especialista tiende a considerar la mayoría de los fenómenos como aberraciones transitorias, excepciones a la regla, lo que le conduce, primero, a no investigar lo que debería investigar, y segundo, a buscar soluciones de tipo marginal. Se cae también en el otro extremo: hay quienes desdeñan del todo las enseñanzas de la economía neoclásica o aspectos importantes de la sociología funcional, y buscan explicaciones forzadas, de las que derivan recomendaciones prácticas en las que no juegan elementos de libre decisión, incentivos, economicidad o adaptación social.

Sin negar la validez científica que puedan tener unas y otras posiciones, cabe preguntarse si en América Latina no ocurre que no hemos podido liberarnos del proceso imitativo que ha caracterizado tan gran parte del pensamiento generado en nuestra región durante siglos, o de la tendencia al utopismo que es tan frecuente y que refleja en gran parte inmadurez intelectual. No sería el caso de pretender que exista un solo enfoque teórico para los fenómenos sociales y económicos de América Latina, específicamente latinoamericano, y que arrancaríamos de la observación de la realidad actual. Son demasiados los factores históricos y de otra naturaleza que condicionan esta realidad para que pueda hacerse abstracción de ellos. Ni está América Latina, por lo demás, aislada del resto del mundo. Pero cabe pedir a aquellos investigadores que se inclinan a las formulaciones teóricas si no deberían prestar mayor atención a los hechos reales de América Latina, antes que a los antecedentes venidos de otras experiencias históricas. En esto se entra al difícil terreno de cuál es la realidad latinoamericana, qué validez tiene la información de que disponemos y cuál es el valor de las conclusiones a que ha llegado el trabajo de los investigadores de esa realidad. Al parecer, se trata de un círculo vicioso; pero en verdad sería fácil romperlo en sus tres frentes, y se han hecho esfuerzos apreciables, siempre y cuando se reconozca la interdependencia de los mismos. La sola acumulación de información sin método ni teoría, sería poco útil; la teorización abstracta, al menos en las ciencias sociales, parecería un lujo. La práctica de la investigación de buen nivel permitirá sin duda aproximar estos extremos; para ello se necesita mejorar la formación de los investigadores y someter a revisión crítica el bagaje teórico.

ALGUNAS PRIORIDADES DE INVESTIGACIÓN SOCIOECONÓMICA

Para hablar de prioridades en la investigación socioeconómica parece necesario hacer un examen, aun cuando breve y general, de la situación que guarda el desarrollo latinoamericano. En los últimos veinte años no cabe duda que las economías latinoamericanas, en su conjunto, han experimentado un crecimiento apreciable, del orden de 5 a 6% al año en términos reales, o sea un 2 a 3% de incremento anual *per capita* del producto bruto. En particular, el proceso de industrialización, medido por la tasa de incremento

de la producción industrial, ha sido un elemento bastante dinámico, del orden de 7 a 8% anual. No obstante, los índices globales de este tipo ocultan las grandes desigualdades que se han generado al mismo tiempo, o que no se han corregido. Tales desigualdades afectan por un lado a determinadas regiones dentro de América Latina, es decir, la realidad es que algunos países han podido progresar más rápidamente que otros y se distingue ya a un grupo de países semiindustrializados que incluso se han vuelto exportadores importantes de manufacturas, al lado de otros países cuya industrialización es apenas incipiente. Estas tendencias se reflejan en diferencias de producto *per capita* que van desde 800 a 1 000 dólares, en un extremo, a 150 a 200 en el otro. Las desigualdades se manifiestan también en el interior de los países, aun en los más desarrollados de América Latina, con contrastes muy grandes entre zonas de alta productividad agrícola y otras de agricultura marginal y de subsistencia, por una parte, y entre ciudades modernas, sede de industrias y servicios, y poblados pequeños carentes de todos los servicios, por otra; y aun dentro de las ciudades grandes, contrastes entre zonas residenciales y de edificios de gran lujo, y barriadas de asentamientos no controlados y vivienda improvisada. Este complejo de desigualdades, como resultado además de factores históricos e institucionales, tiene su reflejo en la desigualdad de la riqueza y el ingreso, que en América Latina, según diversos estudios de la CEPAL, alcanza casi los peores extremos.

A lo anterior debe agregarse el hecho de que las economías latinoamericanas no son autónomas, sino dependientes de los grandes centros del poder económico. La dependencia se caracteriza no solamente por la importancia de los mercados externos en la generación del ingreso interno, sino por el dominio que ejercen los compradores sobre dichos mercados, por el hecho simultáneo de que las fuentes de abastecimiento de manufacturas diversas y equipo industrial son esos mismos centros de gran poder económico y, por añadidura, por la circunstancia de que la mayoría de la nueva inversión industrial en América Latina está vinculada a la tecnología que poseen las grandes empresas transnacionales que a su vez ejercen una fuerte influencia en los derroteros industriales de los países latinoamericanos, frecuentemente en conjunción con intereses nacionales.

La industrialización latinoamericana, cualquiera que haya sido su forma, no ha sido aún suficiente para determinar un verdadero cambio en la estructura económica, ni la modernización ha creado una nueva sociedad que esté tecnológicamente al día. Se mantiene, y en muchos casos se ha reforzado, el dualismo de las economías latinoamericanas, o al menos la separación en varios estratos sociales, culturales y económicos de vastos sectores de la población, sino éste que tuvo América Latina desde los comienzos de su era moderna. Debe recalcarse en particular que, al revés de lo que ocurrió en los países del hemisferio norte hoy desarrollados, el sector rural latinoamericano quedó en su gran mayoría rezagado, no integrado, abandonado. Esto tiene hondas raíces históricas, institucionales y políticas. Como quiera que sea, la consecuencia ha sido que grandes sectores de la población latinoamericana trabajan en condiciones de ínfima productividad e ingreso real; lo poco que producen no les alcanza para una adecuada subsistencia, con niveles mínimos de nutrición, o poco les beneficia en razón de factores de estructura institucional y económica como la tenencia de la tierra, la intermediación, la falta de crédito y de asistencia técnica, etc. La pobreza rural

va acompañada de una ausencia de los servicios básicos: educación, agua potable, servicios médicos, protección social, etc.

Los procesos de cambio en el área rural, y de interacción de este sector con los sectores modernos —con la industria, con las ciudades— no se conocen bien en América Latina. Y sin embargo, la integración del sector rural a la vida productiva moderna parece ser el área en que debe concentrarse la acción pública del desarrollo, si han de reducirse las desigualdades regionales y de ingreso a que se ha hecho mención y ha de crearse un vasto mercado interno en el que pueda sustentarse una industrialización más dinámica.

El sector rural se caracteriza también en América Latina por la muy elevada fecundidad de su población. En general, la dinámica demográfica de América Latina es muy intensa, aun descontando los índices más bajos de tres o cuatro de sus países; es de hecho la más alta del mundo, con un crecimiento medio anual de 2.9%, resultado del descenso de la mortalidad durante los últimos veinticinco años mientras la natalidad se ha sostenido en sus mismos niveles anteriores o ha descendido apenas perceptiblemente. Pero si bien, como sería de esperar, la natalidad es menor en las grandes ciudades, donde son muchos los factores culturales y de participación en la fuerza de trabajo que concurren para hacerla descender, en las áreas rurales se registran todavía índices de 50 por millar; es decir, más del 60% de la población latinoamericana acusa niveles de fecundidad cercanos a los límites biológicos. Esto revela, una vez más, que las transformaciones sociales, económicas y culturales no han llegado aún a las zonas rurales de América Latina, pues si se atiende uno a la experiencia histórica universal, la fecundidad siempre ha descendido con los cambios de ese género producidos en el área rural, acompañados de modernización industrial y urbana. No obstante, la situación en América Latina no es estática: existen zonas rurales que se han integrado poco a poco con el resto de la economía y la sociedad, ha habido además migración de dichas zonas a poblados de tamaño pequeño e intermedio y aun a las grandes ciudades, y seguramente retornos de migrantes. Ignoramos, en general, sin embargo, las consecuencias que dichos movimientos puedan tener sobre la actitud hacia el tamaño de la familia y en consecuencia hacia la fecundidad.

La investigación de las áreas rurales, tanto en sus aspectos sociales y demográficos como económicos y de productividad, se presenta en consecuencia como una de las principales prioridades para América Latina, y específicamente pueden señalarse, entre otros, temas como el de la relación entre el mejoramiento rural y el comportamiento demográfico, los procesos de incorporación de nuevas técnicas para elevar la productividad agrícola; los cambios en la organización social a nivel rural que implica la modernización productiva; los procesos de participación de la población rural; la asimilación de valores culturales urbanos en las áreas rurales; las causas y los efectos de la migración rural-urbana, o en general de la emigración rural; el efecto de la integración de actividades industriales y de servicios en las zonas rurales; la intermediación y la comercialización de la producción rural, agrícola o de artesanías, y el debilitamiento del poder monopólico de los compradores; etc.

Se ha discutido bastante sobre si el problema rural es también uno de empleo, en virtud de que se han compilado estimaciones que parecen indi-

car que el subempleo rural alcanza volúmenes muy grandes en los países latinoamericanos —fenómeno semejante al que ocurre en otros continentes. Como las estimaciones varían mucho, debe suponerse que no existen bases adecuadas para hacerlas, por lo que en esto parece prioritario el desarrollo de sistemas de información adecuados, a través de encuestas periódicas. En determinado tipo de explotaciones agrícolas, mínimas o de subsistencia, es probable que el incremento demográfico haya generado fuerza de trabajo potencial que no puede emplearse en el lugar, al menos en labores agrícolas; ello sería manifestación de desempleo o subempleo rurales. Pero llamar sub-empleado al agricultor que por razones estacionales sólo efectúe labores de campo una parte del año se presta a discusión, puesto que salvo condiciones climáticas especiales o la existencia de obras de riego, normalmente se obtiene una sola cosecha al año. En esos casos el problema no es de empleo, sino de productividad y de ingreso, así como de organización de la producción agrícola, que permitiera complementar los cultivos con la engorda de animales y otras tareas. De cualquier manera, es un área de investigación poco atendida, que si se realizara sistemáticamente y con la ayuda de métodos modernos, podría rendir conclusiones útiles para la política de desarrollo agrícola y de desarrollo social de las áreas rurales.

La industrialización latinoamericana, como se dijo, no parece haber sido suficiente para generar aún grandes transformaciones de la estructura económica. Los avances en materia de siderurgia, industria mecánica y fabricación de equipo industrial y agrícola, industria petroquímica, industria de celulosa y papel, equipo de transporte y las muchas ramas de bienes intermedios y de consumo, han sido sin duda impresionantes en muchos países. No parecen, sin embargo, haber sido suficientes para absorber un volumen significativo de mano de obra, por lo menos en el sentido de absorber los incrementos de la fuerza de trabajo que la dinámica demográfica ha ido creando en los últimos veinte años. De hecho existe en la industria, como en la agricultura, un sector moderno al lado de uno tradicional, y los mayores avances en productividad se han producido necesariamente en el sector moderno, con fuerte concentración en grandes empresas que tienden a dominar el mercado interno y a crecer en función de mercados externos. Como es bien sabido, lo esencial de la industrialización latinoamericana se ha producido como resultado de la política de sustitución de importaciones, que si bien ha tenido una justificación histórica, ha tendido también a crear monopolios internos, frecuentemente en manos de empresas transnacionales, cuyos costos y utilidades han sido anormalmente elevados, lo cual a su vez ha tenido consecuencias en el nivel de vida de las poblaciones urbanas y en el desarrollo agrícola. Se ha criticado mucho este proceso en los últimos años, y sin embargo es poco lo que se ha investigado, o bien las investigaciones han sido a nivel muy agregado.

Nuevamente se tropieza con lo inadecuado y tardío de la información censal. Habría que diseñar sistemas de encuestas sobre empleo industrial, por tamaños y niveles tecnológicos de las industrias, que recogieran información útil para el análisis de la evolución de una serie de factores relativos a la expansión industrial, especialmente las características del empleo y el subempleo en este sector. En particular, se desconoce mucho acerca del funcionamiento de la pequeña y mediana industria, así como de la industria artesanal, como generadores de empleo y en cuanto a otros aspectos.

Debe señalarse también que si bien se admite la necesidad de la llamada descentralización industrial, y aun en el supuesto de que se hayan estudiado las condiciones ecológicas, económicas y sociales que aconsejan crear nuevos centros de actividad industrial, poco se sabe acerca del avance de dicho proceso y de sus consecuencias en el empleo y en la transformación de las condiciones locales. Es un área que merece concienzudo estudio.

La estructura de los salarios en la industria, la construcción y los servicios no se conoce en América Latina de manera adecuada. Tienden a hacerse muchas generalizaciones, dentro y fuera del área, acerca del nivel de los salarios, sin haberlos investigado. Por una parte, se puede suponer que los fuertes incrementos demográficos y la migración de fuerza de trabajo joven de las áreas rurales a las urbanas tiende a deprimir los salarios del personal no calificado. Hay evidencias de que ello ocurre, por ejemplo, en la construcción. Pero se carece de estudios suficientemente amplios, que a su vez se relacionen con la productividad. Igualmente se hace sentir la necesidad de estudios de los determinantes de los salarios en las categorías del trabajo semicalificado y el calificado, así como en los sectores técnicos y profesionales. De hecho, casi sobra decirlo, los mercados de trabajo casi no se han estudiado en América Latina.

Podrían citarse otros temas relativos a la industria a los que parece importante asignar mayor prioridad. Si la industrialización latinoamericana descansa en gran parte en la empresa privada, y es de desear que sea empresa privada nacional, con menor dependencia de la extranjera, cabe preguntarse: ¿cuáles son las actitudes de los empresarios hacia el desarrollo nacional, hacia el cambio social, hacia la innovación y la productividad, y otros muchos aspectos, entre ellos las relaciones con el sector público? Este es un terreno en el que prevalecen las opiniones que abundan sobre los resultados que escasean de investigaciones realizadas. De igual manera, como fenómeno sociológico también, ¿qué es lo que se conoce sobre las modalidades de la participación obrera en el proceso de industrialización, la actitud del obrero hacia el empresario, hacia las empresas transnacionales, hacia el sector público, en relación con la política de salarios y otros fenómenos sociales? Hay que admitir que bien poco. Y no está por demás agregar otro tema que casi parecería obvio, pero que no lo es tanto: ¿qué se sabe de la estructura sindical en América Latina y de las relaciones entre sindicatos y trabajadores, entre sindicatos y empresas? ¿Cuál ha sido el impacto de la organización sindical en la situación social de la clase trabajadora? Es preciso que en estas áreas se lleve a cabo trabajo de investigación sistemático.

Las empresas multinacionales o transnacionales han sido objeto de bastante comentario en los últimos años, por su poderío económico, su control de la tecnología y del precio de ésta, y por su ingerencia en los asuntos internos de los países latinoamericanos. Sin embargo, cabe preguntarse: ¿qué sabemos acerca del funcionamiento de estas empresas? Se han llevado a cabo importantes estudios en los países componentes del Pacto Andino, así como en algunos otros. Habría que intensificar y sistematizar dichos estudios, a fin de producir conclusiones que sirvan para normar la política latinoamericana con relación a la inversión extranjera, al uso de tecnología importada y a la participación en los mercados internacionales, considerando al mismo tiempo las alternativas.

Otro tema relacionado con el desarrollo industrial, y concretamente con

la capacidad de la industria para generar empleo, es el de la selección de tecnologías. Se puede partir de la premisa de que en los países en que abundan los recursos humanos, sobre todo de bajo grado de calificación, y en cambio escasea el capital, sería más lógico emplear técnicas de producción o tecnologías que permitan hacer uso intensivo de la mano de obra en vez de ahorrar el uso de ésta, siempre y cuando se obtengan resultados igualmente eficientes desde el punto de vista técnico y económico. La situación en América Latina es, sin embargo, la contraria: en su gran mayoría se incorporan tecnologías intensivas en el uso del factor escaso, el capital, y ahorradoras del factor abundante, la mano de obra. Esto se debe a que la tradición tecnológica de los países industrializados tiende en esa dirección, es decir, hacia la economía de recursos humanos, el aumento de la productividad por obrero mediante la alta capitalización, la automatización, etc. En los países subdesarrollados dependientes tecnológicamente se imita este proceso, y, es más, existe una serie de mecanismos e instrumentos de la política económica —en el terreno fiscal, el arancelario, el cambiario, el crediticio, el administrativo, el social y salarial etc.— que precisamente favorecen el empleo de equipos altamente tecnificados y en cambio desfavorecen el empleo de trabajadores no calificados o semicalificados. Estas tendencias contribuyen a agravar el desempleo y el subempleo.

De lo anterior no debe concluirse ni que el problema es así de simple ni que el remedio sería tan fácil como para invertir sus términos. Para muchas tecnologías industriales desarrolladas en los países avanzados no existen alternativas generadoras de más empleo, y sería en consecuencia insensato rehusarse a utilizarlas, cualquiera que fuera su costo. Tampoco sería sensato postular una vuelta al trabajo manual, o al empleo de técnicas obsoletas. El problema es por demás complejo, y requiere desagregar las tareas de la producción industrial en las distintas ramas con objeto de evaluar los elementos técnicos y económicos en función de los cuales se toman las decisiones tecnológicas y se desechan, cuando existen, determinadas alternativas que podrían generar mayor volumen de empleo. A esto hay que agregar factores de orden social, relacionados con la organización de las empresas, su actitud hacia el empleo de mayores volúmenes de mano de obra, las tareas de supervisión, etc. Constituye sin duda un campo de alta prioridad investigar estos fenómenos, por cuanto la selección adecuada de tecnologías puede constituir un elemento importante de la futura estrategia de empleo industrial en América Latina.

Se relaciona con ello, y merece una mención aunque sea breve, el problema de la sobrecapitalización de las industrias latinoamericanas, que se refleja en el exceso de capacidad, o mejor dicho en el no aprovechamiento, mediante segundos o terceros turnos, de la capacidad instalada. El problema tiene que ver con el diseño tecnológico, pero también con la magnitud del mercado y en consecuencia con la distribución del ingreso y en particular con los niveles salariales y la productividad del sector rural. Es poco lo que se ha investigado al respecto.

Por último, todavía en materia industrial, y sin haber pretendido agotar el tema, está la cuestión del empleo parcial y el subempleo en la industria, cuyas características no se conocen bien. A base de encuestas adecuadamente preparadas, podría analizarse este fenómeno, para determinar cuál es la disponibilidad verdadera de mano de obra redundante en el sector indus-

trial, a distintos niveles y características de la industria, y por localidades.

Dicho tipo de encuestas necesitaría extenderse al sector de servicios, en especial a lo que la OIT llama el sector informal de empleo, en servicios de toda clase, no organizados, y comercio ambulante. Llama la atención que siendo el sector de los servicios el que, según diversos estudios a nivel agregado, más rápidamente absorbe fuerza de trabajo, a veces directamente de aquella que emigra de las áreas rurales, no existan investigaciones sobre la naturaleza y características de este sector, ni de sus formas de empleo, sub-empleo y remuneración.

Se asocia estrechamente a este género de estudios el que correspondería en general al crecimiento urbano en América Latina. Es bien conocida la alta tasa de expansión de la población urbana, sobre todo en las ciudades grandes y medianas, pero son pocos los estudios que, por una parte, consideren el fenómeno de crecimiento y desarrollo urbano como un todo, en sus aspectos demográficos y económicos, y por otra parte, examinen casos concretos de expansión, sean de las metrópolis o de ciudades que por diversos motivos presenten aspectos críticos del fenómeno. Desde el ángulo social y antropológico también puede señalarse la falta de investigación de comunidades urbanas de reciente origen rural y de sus problemas de integración a la vida urbana.

Muchos de los temas mencionados anteriormente inciden sobre el problema de la desigualdad económica y social que prevalece en América Latina, que requiere medirse no simplemente por la distribución del ingreso conforme a los índices acostumbrados con base en encuestas, sino en sus dimensiones económicas, inclusive las de la distribución de la propiedad en todas sus formas, y las sociales. Hasta donde se sabe, no se ha llevado a cabo todavía en América Latina un estudio de la distribución del ingreso que tenga en cuenta no sólo la frecuencia del ingreso personal por tramos de ingreso monetario, sino el ingreso real correspondiente a cada tramo, generado indirectamente a través de los servicios educativos y de seguridad social u otras formas de prestaciones. Lo importante es medir los niveles reales de vida y no solamente la dispersión del ingreso en dinero. Tampoco se conoce en América Latina un estudio sobre la distribución de los activos reales y financieros que permita tener una idea de la distribución de la riqueza. Todos estos trabajos serían útiles para adelantar en el análisis de las causas y los efectos de la desigualdad, y para sentar bases de política para atenuarla o remediarla.

Otro tema que cobra actualidad se refiere al impacto de la ciencia y la tecnología en el desarrollo. Se ha adquirido conciencia en los últimos años de que el insumo tecnológico es parte fundamental de la función producción, y que es el elemento más dinámico de la misma. En los países en vía de desarrollo se parte de una situación en que, por haberse carecido de una política científica y tecnológica, existe poca o ninguna autonomía en las decisiones en la materia que afectan el desarrollo agrícola, el industrial, el de otras ramas, el educativo, etc. La base científica es pobre, la educativa mediocre, y la tecnología se incorpora principalmente a través de los bienes de capital y los servicios técnicos y procesos que generan las empresas transnacionales, que son objeto de contratos y licencias. Esto justifica que se lleven a cabo investigaciones, como ya se ha iniciado en varios países latinoamericanos, acerca de las condiciones en que se obtiene la tecnología im-

portada, pero es preciso, además, considerar el conjunto de condiciones, instrumentos y mecanismos que influyen en las decisiones tecnológicas, conscientes o inconscientes, que toman las unidades de producción agrícola o industrial y de servicios en los países latinoamericanos, a fin de acumular elementos de análisis que sirvan para formular políticas tecnológicas autónomas, de acuerdo con las perspectivas e intereses de cada país.

No se pretende, con todo lo que precede, haber efectuado una enumeración ni remotamente completa de necesidades prioritarias de investigación socioeconómica en América Latina. Cada economista, cada sociólogo, cada antropólogo, cada especialista en informática y métodos de análisis de sistemas, podrá tener sus preferencias, y sin duda podrán agregarse otros muchos temas. Por supuesto que no todos podrían ser prioritarios. Precisamente en eso reside el problema principal: son tantas las necesidades de información y conocimiento sobre el funcionamiento de las sociedades latinoamericanas, que lo ideal sería poder abordarlas todas a la vez. Pero, como ya se recalcó, ni existe la información de base, ni son suficientes los recursos humanos, ni hay acuerdo sobre los métodos. En todas estas áreas parece indispensable actuar en forma racional y hacer la selección que proceda. Es, en el fondo, un problema sistémico por excelencia.